

Martínez Oliveros, Blanca Rosa

Las instituciones de educación superior y las prácticas contemporáneas de segregación

V Jornadas de Sociología de la UNLP

10, 11 y 12 de diciembre de 2008

Cita sugerida:

Martínez Oliveros, B.R. (2008). Las instituciones de educación superior y las prácticas contemporáneas de segregación. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6231/ev.6231.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Ponente: BLANCA ROSA MARTÍNEZ OLIVEROS
(Psicóloga, Psicoanalista y Docente)

- Asociación Mundial de Psicoanálisis. Nueva Escuela Lacaniana. Caracas A. P.
- Colegio Universitario de Caracas

Dirección de correo electrónico: blanromar@hotmail.com

Ponencia:

LAS INSTITUCIONES DE EDUCACIÓN SUPERIOR Y LAS PRÁCTICAS CONTEMPORÁNEAS DE SEGREGACIÓN

El término segregación hace referencia fundamentalmente a comunidades que apartan algo de su seno. Etimológicamente deriva del término “grey”, que significa rebaño: un conjunto indiscriminado en el que no se diferencian sus elementos entre sí, y que siguen una misma marcha.

Segregar implica, apartar de un grupo o cosa para que esta siga funcionando. La expresión implica también el matiz de lanzar fuera, pero sin variar el funcionamiento y características del conjunto del cual es excluido, al modo de las babas segregadas por un caracol, que aparta lo que produce, sin dejar por ello de ser un caracol, y con toda seguridad, para poder seguir siéndolo.

Así el término segregación nos enfrenta al dominio de lo colectivo en el campo social. Jaques Lacan, psicoanalista francés, hacia finales del pasado siglo, situó la segregación como una consecuencia estructural del lazo colectivo y no a partir de un mal arreglo o de una contingencia del ordenamiento social.

La segregación, producto del discurso, opera con una lógica del no todo, produciendo dos efectos: uno funda la colectividad y el otro la exclusión a partir de la excepción.

Nos interesa en un primer momento aproximarnos al acto de segregación y el modo como se manifiesta y opera este fenómeno en lo contemporáneo, ya que presenta importantes variaciones en comparación a pasados modos de exclusión.

Es una condición contemporánea la conexión entre el modo como operan los fenómenos de segregación, el rol de la ciencia y el capitalismo; ya que la segregación toma su modo de presentarse en la actualidad a consecuencia del reordenamiento de los grupos sociales producto de la ciencia (por la universalización que la ciencia introduce en ellos) y del capitalismo que opera en nuestro porvenir de sujetos dentro de las leyes del mercado común.

Lo anterior puede ser constatado a partir de un notable incremento en los alcances y un endurecimiento de los modos en que se despliegan los procesos de segregación.

No quiere decir que la segregación no existió en otros tiempos, pero las consecuencias del desarrollo progresivo de la ciencia y el del capitalismo, han sido: en primer lugar, la existencia de grandes niveles de segregación y en segundo término la producción de cambios en la naturaleza de la segregación.

En el fenómeno “clásico” de segregación, a diferencia de sus modos de presentación actual, el otro social-moral del ideal todavía existe, proponiendo un modelo para las identificaciones del sujeto, que no se dirigirán a la figura del si mismo. Se caracteriza principalmente por la exclusión de lo “no homogéneo”; en otras palabras, cualquier cosa que constituya una desviación de la norma conlleva a su segregación, produciendo un aislamiento, un dejar fuera.

En la segregación clásica el otro de la normatividad, de lo normal existe; es lo que Foucault denominó en “Historia de la Locura” como la alteridad del otro, en la que el “barco de los locos” es excluido del cuerpo social al ser lanzado al mar, a la deriva.

Actualmente es la psiquiatría, deslindando de ello al psicoanálisis, como disciplina y desde el discurso científico, el barco encargado de intentar reintegrar dicha alteridad al cuerpo social.

Las formas contemporáneas de segregación enfrentan de un modo totalmente opuesto la emergencia de los síntomas sociales. La opacidad del ideal causada por la declinación de los ideales y las instancias simbólicas de autoridad con una función normativa, empujan a una identificación que no pasa por el ideal social, sino al sí mismo que le diferencia. En ese sentido la segregación no causa una exclusión, sino la integración a un uno homogéneo de los así iguales (series con los grupos excluidos a lo interno).

En relación a la segregación y el discurso capitalista podemos decir que la instalación del capitalismo, basado en los mecanismos del mercado, a diferencia de otros modelos del uso de los recursos y su distribución, sugiere que las interrelaciones humanas se rijan por la misma lógica de estructura, poniendo el acento en la primacía de los objetos de satisfacción mercadeados y no en ideales. Los ideales son ahora los productos del mercado que garantizan por su tenencia la pertenencia a grupos y la felicidad.

El capitalismo crea la ilusión de que es posible hacer buen uso de los objetos de goce logrando una completa satisfacción de los deseos (Psicofármacos, cirugías estéticas, entre otros), brindando objetos específicos y acordes a cada grupo que en su distingo hace al uno y por medio de la manipulación de la demanda y la estandarización del deseo, produciendo una “civilización boba”.

De cualquier modo lo velado retorna y cuando más se ha escamoteado, más contundente será su vuelta. Evidencias tenemos suficientes frente a los síntomas sociales contemporáneos y la mortal implicación de los sujetos en ello: adicciones en general incluyendo entre las sustancias los fármacos, la práctica impulsiva de deportes extremos, el empuje consumista de prendas de vestir “de marca”, trastornos alimenticios, entre otros.

De manera paradójica podemos encontrarnos con que detrás del discurso de la igualdad, se ejecuta la práctica de exclusión en un borramiento de lo particular de cada sujeto; esto, a partir de la relación entre los mecanismos actuales de segregación y el discurso capitalista, basado en los mecanismos del mercado extrapolados a la estructura de las relaciones e ideales humanos. Lo que impulsa la estandarización como perversión del concepto de equidad y cierra espacios a la alteridad, aceptación y tolerancia de la diferencia.

En el ámbito educativo, específicamente en el caso que nos ocupa de la educación superior, con el apoyo de certezas aportadas por verdades científicas, avaladas por la rigurosidad epistemológica aplicada por diversas disciplinas en el establecimiento del saber, se efectúan permanentemente actos de segregación bajo el ideal de la búsqueda y selección de los más aptos y de la búsqueda del borramiento de las diferencias interindividuales con un empuje a la homogeneización.

Permitámonos un rodeo histórico: a inicios del siglo XX se impone la obligatoriedad escolar. Todo niño debe ir a la escuela, no importa la condición social ni los medios familiares. Se integra así a las clases trabajadoras al sistema educativo como parte de la regeneración y la profilaxis social, postuladas por el positivismo evolucionista.

Esta incorporación masiva a los centros educativos se realiza a partir de violentar los modos usuales de educación, costumbres y modos de vivir de las clases trabajadoras, trayendo como consecuencia la resistencia en forma de “inadaptabilidad” o “incapacidad” de unos sujetos, en contraposición a otros que “normalmente” se educan.

El ideal social de progreso y modernización se encarna en el discurso que promueve la educación para todos y la educación como medio de homogenización y universalización del saber; herramientas de sostén del poder circulante.

Se crea así paralelamente, y gracias al desarrollo de la ciencia en cuanto a “saberes” sobre lo evolutivo, los procesos de aprendizaje y los estándares de la salud mental, una amplia lista de déficit en contraposición a valores, conductas o niveles esperados de acuerdo con los patrones de normalización que el discurso científico establece.

diferencias-deficiencias intelectuales, neurológicas, psicológicas, de género y del carácter, definen los límites entre los que pueden y los que no pueden aprovechar las enseñanzas, por tanto entre los que alcanzan el éxito y los que fracasan.

el fracaso estudiantil se atribuye de este modo a dificultades que deben ser atendidas fuera del ámbito educativo, bajo tratamiento de las diversas especializaciones, o de deficiencias intelectuales que establecen el umbral, el techo del éxito social, vía las insignias académicas y por ende los modos de trabajo productivo y calidad de vida.

¿Que segrega el sistema educativo en la modernidad? podemos apresurarnos a responder: segrega a aquellos incapaces de acceder al saber. Pero tendríamos que agregar: de acceder al saber del modo en que el discurso de poder-saber sustentado en la ciencia ha hecho norma.

El saber producido por la ciencia, aplicado a la institución educativa, establece las coordenadas del ideal de sujeto que aprende, produciendo un resto que no se

sustenta en el sistema al inscribirse en la serie significativa de las deficiencias (pruebas internas).

Paradójicamente el ideal de saber y “lo educable”, apuntalado en la garantía que el saber científico instauro en una norma, muestra su hiancia, su fractura, en la desproporción feroz que nutre al conjunto en falta: de los que entran al sistema, solo una minoría de “normales” se sostiene en el discurso que oferta el binomio educación-felicidad.

En la contemporaneidad, el imperativo legal en correlación con el marco social mundial que empuja hacia la globalización, denuncia contundentemente el fracaso de los estados en su recorrido hacia la modernización en términos de déficit educativos de sus ciudadanos. Ha derivado hacia el ideal del éxito individual, paradójicamente interrelacionado con el axioma “todos igualmente exitosos”: oportunidad igual para todos “los diferentes” de gozar de los privilegios de la instrucción.

El movimiento es hacia la reintegración, la reincorporación de aquellos segregados: es un intento de dar respuesta a la diversidad desde el currículo.

La diversidad queda establecida desde dos niveles: diversidad en cuanto a la capacidad de aprender y en cuanto a su motivación y su interés para aprender. En la práctica los educadores han incorporado el término diversidad como un amplio referente a partir del cual se trataría todo tipo de diferencias: nivel de conocimientos, ritmos, particularidades, diferencias sociales, étnicas y culturales, discapacidades psíquicas o físicas, entre otras.

Con la idea de no excluir, se reintroducen problemáticas en las instituciones educativas sin la suficiente discusión y sin que sus miembros estén verdaderamente involucrados, lo que aumenta el abanico de dificultades y transformándose el espectro de la diversidad en un problema que evidencia su malestar en los profesionales de la

educación, quienes cada vez más buscan solución y suponen ocuparse del problema apoyándose en leyes de repitencia, referencias a servicios de salud, reglamentos y sistema de castigos, entre otros.

El discurso es: todos iguales: a algo; todos posibles: de felicidad.

Lo que se constata es una homogenización de las diferencias que tiene como consecuencia que estas pierden su especificidad y no hay un trabajo adecuado de las mismas. La institución educativa recibe una pluralidad de demandas para tratar todo tipo de diferencias y los mecanismos de segregación de la institución se trastocan en consonancia con los sociales, por lo que el tratamiento tradicional de la expulsión sufre modificaciones: comienza a generalizarse la “exclusión al interior” de los dispositivos bajo diferentes formas de control, especie de panóptico ampliado y resignificado.

En este sentido también en el ámbito educativo la segregación contemporánea no produce exclusión, sino la integración a un “uno” homogéneo. Adquiriendo la topología de pequeñas islas baldías en pleno centro de una gran y progresista urbe capitalista: juntos los adictos en el goce narcisista de la sustancia, juntos los homosexuales en el borramiento de la particularidad del gusto, juntos e identificados los que tienen problemas para aprender.

Asistimos al riesgo de confundir el respeto a la diferencia con el establecimiento de guetos o la instauración y colaboración con procesos de segregación bajo el ropaje de discursos aparentemente progresistas.

Las consecuencias de este ordenamiento se vinculan a fuertes efectos segregativos. Estos grupos resisten y rechazan la intervención educativa, social y también clínica, colocando a la institución en un impasse de su praxis.

Frente a la crisis, se conjugan dos imposibilidades en el intento por taponar lo que hace grietas en el modelo ideal de educación sostenido por la modernidad: por un

lado la búsqueda del retorno de ideales prefijados de hombre y sociedad; y por otro la insistencia en los criterios de eficacia y operatividad sostenidos en el control y la medición.

¿Que hacer con la diferencia?, ¿como operar con el sujeto de la diversidad?, ¿de la diferencia con el otro y consigo mismo?

Se propone una política marcada por la dimensión ética que atienda la lógica del sujeto y su inscripción en un orden social donde operan múltiples “agentes sociales”, los cuales producen efectos de objetalización y segregación.

Se trata de un viraje lógico, una “vuelta de tuerca”, que ponga el acento en la responsabilidad ética de interrogar lo social y lo particular del sujeto. Responsabilidad compartida, asumida y promovida desde la institución educativa, en la que el empuje a la homogenización ceda, dando paso al proceso de deconstrucción de las identificaciones segregativas y la construcción de propuestas, y apuestas, institucionales de equidad frente a la diversidad.

Se trata de no caer en la trampa de la política de libre ingreso y no selección: eliminación de pruebas internas; lo que podríamos interpretar como igualdad de oportunidades para todos, demasiado parecido a la oferta del “american way of life”, y suponer una suficiencia en ese acto de apertura.

No es para nada suficiente el hacer equivalentes las oportunidades de ingreso sin proponer y crear mecanismos institucionales en los que se ponga en acto el compromiso ético de sus actores, para atender el proceso, el desempeño y el malestar particular.

Finalmente es imposible la garantía de un escenario institucional ajustado a cada sujeto y equitativo a todos. Algo, afortunadamente, siempre escapará al ideal mortal de control y de todos lo mismo.

